



# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 9 de Julio de 1921.

Número 28.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas tri-  
mestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y  
Extranjero, 10 pesetas año.—Pago ade-  
lantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25  
números.—Número suelto 10 centimos.  
Los suscriptores directos tendrán dere-  
cho á recibir cuanto se publique en esta  
casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Confidencia á gritos

Queridos lectores: El motor de mi  
inteligencia funciona cada día con más  
dificultad. Nadie me lo dice, mas yo  
lo sé. Ya no escribo cuando quiero,  
si no cuando puedo, yo que siempre  
quise y siempre pude.

No me extraña. El tiempo no pasa  
en balde, y menos teniendo derecho,  
como lo tengo yo, á que se me cuen-  
te el que he luchado como doble de  
campeña.

Durante el último periodo que estu-  
ve sin ver, atribuía á mi falta de pre-  
paración para el dictado la tardanza  
en dar forma á lo que pensaba, ilusión  
consoladora que se va desvanecien-  
do á toda prisa desde que en Noviem-  
bre me hicieron la tercera operación  
en la vista. Ahora me preparo á es-  
cribir, y al verme ante las cuartillas  
vacilo y dudo antes de comenzar á  
emborronarlas.

Aunque nada me ha dicho hasta  
ahora, mi pluma debe estar asombra-  
da de ver lo que tardo á veces en mo-  
verla desde que la aprisiono entre  
mis dedos. ¡Estaba tan acostumbrada  
á que la pusiera en contacto con el  
papel aun antes de colocarla bien!  
Agradezco su prudencia, mas pienso  
que acaso la tenga por temor á que an-  
ticipo yo la hora de arrinconarla.

Como pienso también, que esto de  
no poder escribir rápidamente siem-  
pre que se me antoja, es más terrible  
para mí que esta maldición gitana para  
el que se la echaron:

¡Premita Dios que te veas  
con una cuba mu grande  
sacando agua y no pueas!

El estado de nerviosidad (no se rían

ustedes al oír á un vejestorio hablar de  
nervios) en que me pone la parsimonia  
de mi cerebro, me produce efecto de-  
plorable, por sospechar que puedo  
acabar en idiota completo.

Un amigo, á quien en broma hablé  
de esto hace días, intentó en vano de-  
mostrarme que no tengo razón para  
creer menoscabadas mis facultades  
mentales; me pidió que le citase me-  
dia docena siquiera de los que á mi  
edad trabajan diez horas el día que  
mencs, y en tarea tan pesada como la  
de seleccionar y corregir la larga la-  
bor política y anticlerical que he he-  
cho; atribuyó á causas diversas lo que  
yo juzgo deficiencia cerebral, entre  
ellas la desanimación que debe produ-  
cirme el estado actual del republica-  
nismo y el creciente predominio del  
clericalismo, sin contar las preocupa-  
ciones de categoría inferior que ven-  
go teniendo hace años; causas á las  
que deben agregarse los veinte meses  
que llevo sin haber salido de casa más  
que tres veces, dos de ellas para ir á  
la del oculista; y hasta á los aplana-  
mientos propios de esta estación ca-  
lurosa.

Lo escuché sin chistar, sonriendo-  
me, hasta que añadió:

—Y en último caso, y aunque fuese  
cierto lo que supone, no es usted quien  
debe divulgarlo.

—¿Por qué?—le interrumpí.

—Por no perjudicar á su hijo espiri-  
tual, EL MOTÍN.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que si usted confiesa que ya no  
puede escribir como antes, pudieran  
algunos de sus lectores...

—¿Qué? ¿Qué?

—Darse de baja; y entonces...

—No siga usted por ese camino.

Los lectores que me han quedado es-  
tán demostrando prácticamente hace  
tiempo que siguen conmigo por afecto  
personal, y estoy seguro que leerían  
EL MOTÍN aunque lo llenase con traba-  
jos publicados. Y tan agradecido estoy  
á todos, que seguiría estimando á los  
que dejaran de leerlo, por haberme  
acompañado hasta aquí.

Respecto á lo de ocultarles mis im-  
presiones, creería no ser el que siem-  
pre fui, si á sabiendas de que no pue-  
do hacer ya lo que solía, tratase de  
disimularlo por cálculos mezquinos. ¡A  
buena hora iba á sentar plaza de cuco!  
¡A los ochenta años! Esto aparte de  
que á nadie engañaría, como á nadie  
se la dan los que presumen de gallar-  
días sexuales pasando de los cincuenta.

Hay más. Creería ofender á los que

respondieron siempre á la mas leve  
indicación mía cuando tuve que arbi-  
trar recursos extraordinarios para su-  
fragar multas, costas de procesos, su-  
bidas de papel etc. etc., si al verme  
ahora casi inservible, no les hablase  
con la franqueza y la sinceridad que  
lo hice toda mi vida.

¿Qué la noticia de mi decadencia les  
desagradará? Indudablemente. Pero  
más les desagradaría el advertir que  
á última hora desconfiaba del afecto  
que me tienen los que tanto se intere-  
saron y se interesan por el periódico  
y por mí. ¡Por mí, sí! Uno de mis or-  
gulos (conservo varios), lo fundo en  
esto que alguna otra vez he dicho:

«Ningún republicano de renombre  
se vería tan acompañado como yo me  
veo, si un día se viese en la situación  
mía, é imposibilitado, por lo tanto, pa-  
ra complacer en nada á nadie; situa-  
ción de la que no me quejo ni me  
arrepiento de lo que hice para mere-  
cerla.»

—¿Para merecerla dice usted?—me  
preguntó estupefacto mi amigo, cre-  
yendo haber oído mal.

—Sí, para merecerla. El hombre  
que como yo...

JOSÉ NAKENS

(Continuará.)

## Breve historia de una crisis

Se cerraron las Cortes en vista de  
que no era posible sacar adelante los  
proyectos de Cierva, y éste anunció  
que implantaría parte de sus planes  
por decreto.—¡Muy constitucional!

Como esos decretos hubiesen hecho  
á Cierva árbitro del partido conserva-  
dor, el ministro de Hacienda, repre-  
sentante de Sánchez Guerra en el  
Gobierno, se opuso y dimitió.—¡A es-  
to le llaman «cuestiones de princí-  
pios!»

Como la dimisión del sánchezgue-  
rrista dejaba á Sánchez Guerra en una  
posición relativamente airoso y fuerte  
ante la cándida opinión, el bugallista  
ministro de Gracia y Justicia pre-  
sentó la dimisión también, animado  
por Bugallal que le ofreció secundar-  
le.—¡A esto le llaman respeto de los  
jefes á la libertad de sus amigos!

Planteada la crisis, la Corona ratifi-  
có su confianza á Allendesalazar, jefe  
de un Gobierno moralmente derrota-  
da en las Cortes, sin consultar más  
que á los personajes conservado-



res.—¡A esto le llamó don Melquiades respeto á la doctrina constitucional!

Pasan á ocupar el Ministerio de Hacienda Ordóñez y el de Gracia y Justicia Wüis, ambos amigos de Bugallal. Este había ofrecido marcharse con Piniés, pero calcula luego que le dará más fuerza en el pleito conservador meter dos ministros, y se queda.— ¡Muy serio!

En tanto Cierva, que había hablado de marcharse si no se implantaban sus proyectos, deja que un periódico le atribuya la renuncia á implantarlos por decreto, que es lo mismo que la renuncia á verlos puestos por obra, ya que en las Cortes no han de salir.— ¡De Cierva dicen que es un hombre inflexible!

Los seis j-fes liberales se reúnen y dan á la publicidad una nota en que declaran, que les parece mal que se hayan cerrado las Cortes, que se haya obligado á la Corona á intervenir personalmente en la contienda conservadora y que se quiera implantar por decreto los planes de Cierva.— ¡A esto le llaman varios periódicos energía!

Recomiendo á mis lectores que se fijen bien en el calificativo que merece cada uno de los actos que se apuntan en esta breve historia, para aplicarlos de ahora en adelante á los acontecimientos políticos. No sea que por equivocación llamen al constitucionalismo burla, á las cuestiones de principios gitanerías para alzarse con la jefatura, al respeto para la libertad ajena gana de que le saquen á uno las castañas del fuego, á la seriedad frescura, á la inflexibilidad desahogo y á la energía pamplinas para los canarios.

## Torpezas y tonterías

En forma bastante grosera me dicen en una carta fechada en Barcelona el día 3, y firmada por *Un republicano*, que no he dicho más que tonterías en política.

Soy el primero en reconocerlo y nunca lo he negado. ¡Y si me hubiese contentado con decirlos! Pero, no; que también las he hecho.

Y torpezas, ¡cuántas no he cometido!

*Si la mar fuera de tinta  
y el cielo de papel blanco  
no pudieran escribirse  
todas las que he perpetrado.*

¡Y qué grandes algunas!

Para formarse una pequeña idea de su magnitud, allá van dos preguntas que, entre otras, hice en Mayo de 1904:

— ¿Cuántos republicanos se han enriquecido solamente con la política?

— ¿Cuáles son los que á la sombra de la política hicieron negocios de la fadole de esos que han trocado en opulentos personajes monárquicos á los que eran antes de la restauración unos pelafustanes?

Como se supondrá, hice esas preguntas para demostrar la diferencia que entre los monárquicos y nosotros existía entonces en punto á moralidad.

Hoy no me atrevería á repetirlas, por haber aprendido que no deben hacerse afirmaciones rotundas en previsión de las sorpresas y los cambios que el tiempo nos reserva.

De vez en cuando citaré algunas otras, y así se verá que no soy de los que mantienen por amor propio sus errores después de advertir que los cometieron.

Y ofrezco además no echar en adelante en olvido un cantar popular que parodié en esta forma hace más de treinta años:

*Aquel que tenga familia  
que no jable mal de naide,  
pues le può salir un hijo  
que sea ladrón ó fraile.*

## La vida tal cual es

### LA TIRANÍA DEL PAN

— Siéntese un momento: la señora está hablando con la superiora de las Terciarias. Se marchará pronto.

— Gracias.

— ¿De modo que usted es uno de los cinco despedidos de la fábrica?

— Si, señora, uno de los cinco, y según dicen, el peor de todos.

— No lo creo; no tiene usted aspecto de mala persona.

— Seguramente que la señora Ribas no opinará lo mismo cuando nos ha cerrado la puerta de un modo tan cruel. Desde que murió el señor Ribas la fábrica ha cambiado mucho. Sólo hay espionaje, intrigas, delaciones; trabajar así es un suplicio. ¡Si no fuera porque hay que vivir!

— Es que la señora es muy severa, muy religiosa, y en el fondo no es mala, pero se deja llevar del primero que llega. El administrador la maneja como un chiquillo.

— Ese, ese es el malo...

— Silencio, que viene la señora...

— ¿Qué hace usted aquí?

— Soy Remigio, el obrero despedido el sábado por orden de usted, y quisiera hablarle un momento.

— Soy mujer que no rectifica jamás sus órdenes, ni me asustan los hombres ni los obreros despedidos; pase usted á mi despacho y diga lo que quiera.

— Pues yo digo, señora, que lo que ha hecho usted conmigo ha sido una injusticia: soy de los más antiguos, conozco bien mi obligación, y me gano con creces el jornal que me dan. El señor Ribas no hubiera hecho lo que usted.

— Mi marido era demasiado complaciente, y así abusaban de él: pero hoy la dueña de la fábrica soy yo, y en ella se hace lo que yo mando.

— ¿Porqué me ha despedido usted?

— Voy á decirselo muy claro, que no soy de las que se acobardan cuando han hecho lo que su conciencia les dicta. Usted y los otros cuatro, eran ustedes un elemento de perturbación para los demás obreros; ustedes ver-

tían entre ellos ideas perniciosas; ustedes excitaban el odio y las iras contra los mismos que les dábamos el pan á ganar; ustedes sembraban el descontento y la antipatía entre sus compañeros. Yo no quiero pagar con mi dinero á los enemigos míos. A la fábrica se viene á trabajar y nada más; las ideas esas para el mitin ó el periódico; yo no tengo mis jornales para enemigos ni propagandistas. Eso es todo.

— Son infamias del administrador; la señora no lo conoce... La señora echa á la ruina á cinco familias.

— Yo no, son ustedes los que se echan. Méntanse sus ideas en el bolsillo, y trabajen, que es á lo que allí van. No tengo más que decirle. ¿Qué murmura usted?

— Murmuro, que la tiranía del pan con cuya supresión se nos amenaza siempre acabará muy pronto, y entonces se liqui larán todas las cuentas.

— ¿Me amenaza usted?

— No: la aviso únicamente.

FRAY GERUNDIO

## Trabajo acumulado

Se ha dicho: «El trabajo es capital acumulado.»

Sea. Aceptemos esa definición, y sirvámonos de ella á manera de lente para escurrir este hecho insignificante.

Se trata de un propietario que acaba de aumentar el precio de sus alquileres, aumento que se descompone así:

Los cuartos del primero, segundo, tercero, cuarto y quinto pisos, han sido aumentados en 30 pesetas. Las del sexto y bohardillas en veinte.

Hay por piso tres familias, y entre los seis y las bohardillas, veintinueve.

Si las veces 20 hacen 120. Qince veces treinta, hacen 450. Total, 570.

He aquí, pues, 570 pesetas más que se embolsa cada año el propietario, y que representan al 5 por 100 un capital de 11.400 pesetas.

Así, el aumento anual equivale á la adquisición de un capital de 11.400 pesetas.

¿Dónde está aquí la acumulación del trabajo? ¿Qué trabajo ha acumulado el propietario para verse de la noche á la mañana en posesión de un nuevo capital de 11.400 pesetas? ¿Cómo ni porqué es trabajo acumulado ese capital? ¿Quién lo ha acumulado? En modo alguno el propietario; los inquilinos acaso.

Después de esto, cuando se define el capital. «Trabajo acumulado, tal vez sea preciso entender: El capital de los unos, es trabajo acumulado por los otros.

Se nos dirá: ¿es que un propietario no es libre para fijar el precio de los alquileres? ¿Es que no es suya la casa? Ciertamente, y bien lo hace él entender.

Pero, decidme, ¿por qué todo lo arbitrario, todo lo caprichoso ha de estar de un lado, y del otro toda la obligación, toda la sujeción? Lo caprichoso de parte del propietario; la sujeción de parte del inquilino.

Porque, en fin de cuentas, un propietario es libre para no alquilar sus habitaciones, mientras yo no lo soy para vivir sin domicilio.



Mi frutero tiene peras, que son suyas. Las ha adquirido á veinticinco céntimos, y quiere hacérmelas pagar á ochenta.

Muy bien. Es libre para ello. Pero en cambio yo lo soy para no comprarlas, y hasta para darme morir de hambre.

No digo que esta sea una libertad agradable, pero al fin es una libertad.

Otro ejemplo:

Hay ferrocarriles. Puedo tomarlos, pero soy libre también para no hacerlo; y nadie me obliga á subir al vagón.

Y, sin embargo, las Compañías ferroviarias tienen cargos, el precio de los asientos está tarifado, etc.

Los propietarios casi no tienen cargos, ó si tienen algunas como las de mantener sus casas en buen estado, hacer reparaciones urgentes, rara vez las cumplen, y en una ó otra forma las paga el inquilino.

Esto no obstante, si el mío quiere alquilarme por un dineral al año un tabuco infecto, nada ni nadie se lo impide.

Yo, en cambio, estoy obligado á tener domicilio, pues si no lo tuve, ra sería considerado como vagabundo y me vería compelido ante los tribunales horrorosamente competentes.

Y pregunto, después de lo dicho;

¿Se puede sostener en serio que semejante organización social está basada en el derecho, la justicia y la igualdad?

G.

Describiendo la procesión eucarística dijo *El Debate*:

«Hasta los caballos de la carroza Real agitaban sus penachos en señal de regocijo.»

A lo que puso este comentario *El Ejército Español*:

«Hombres bien educados deben estar esos caballos, pero suponerlos versados en la doctrina cristiana... la verdad, nos parece un poco fuerte.

Y nos asombra esa libertad de interpretación en un cronista reaccionario.»

A mí no. Los animales se entienden, y hasta se adivinan los pensamientos.

## Los aliados del ladrón

De algún tiempo á esta parte están verificándose en esta ciudad numerosos robos por el procedimiento de las misas, de las limosnas, de la herencia y del paquete de billetes de Banco perdido. Estos robos ó timos son más antiguos que el uso del pan, han sido comentados, discutidos y desmenzados millares de veces, pero siguen en pie y no desaparecerán jamás, aunque hubiera en cada calle mil policías. Y esto no porque la candidez y la tontería humanas sean inagotables, no, sino porque el ladrón cuenta con dos aliados poderosísimos, que son la avaricia y el egoísmo de cada prójimo. Las víctimas de esos acreditados procedimientos no inspiran á nadie lástima alguna, y la mayoría de las veces el despojo se celebra con risas y cuchufletas, porque en realidad resulta más la ironía del timado que el timador.

Se ofrecen veinte ó treinta mil duros para que los emplee en misas ó en obras benéficas y en seguida se dilata su codicia proponiéndose en su interior quedarse con ellos y no realizar la misión que se le con-

fía. Por eso no rechaza dar un puñado de pesetas de garantía de su honradez. Justamente se queda sin ellas, al mismo tiempo que todo el mundo celebra su fracaso.

Cuando estas gentes se quejan á la policía debiera procesárseles encima, pues bien claro confiesan que se proponían engañar á los timadores y quedarse con un dinero que no era suyo, y cuya distribución se le señalaba en conciencia.

Esta razón, que es la principal para que estos fraudes se perpetúen, va acompañada de una verdadera falta de sentido moral. El timado está decidido á quedarse con lo que le entregan; si el sobre repleto de recoitos de periódicos que le entregan estuviera repleto de billetes de Banco, se guardaría muy bien de irsele á contar á la policía.

Aquí la codicia va de la mano con la maldad, aunque ésta de una índole censurable. ¿Cómo se concibe que el poseedor de una suma cuantiosa se la dé al primero que se le presenta? ¿Cómo dando una cantidad fabulosa exige y pone tanto ahínco en poseer unas cuantas monedas?

Esto, si la razón no estuviera cegada por la avaricia, lo nota cualquiera. Pero los robos en esta guisa siguen en auge; en pocos días hemos contado once, y es que el ladrón cuenta con dos aliados que le aseguran el éxito: la avaricia y el egoísmo. La racha de estos timos continuará; ya lo veremos.

*El Diluvio.*

Barcelona.

## Plan fracasado

I

En una aldea famosa del reino de Andalucía se celebró cierto día una fiesta suntuosa,

y al templo santo y sagrado, por mera curiosidad acudió la vecindad de aquel pueblo al vicio dado.

Mas el párroco, en acecho para dar una lección utilizó la ocasión de tal acto en su provecho, y al ama secretamente hablóle de esta manera: «Cuando esté la iglesia entera de mi palabra pendiente, al decir con voz airada: «Venga el Espíritu Santo á infundir al pueblo espanto con su presencia sagrada», soltaras por el boquete que hay del templo á la escalera la paloma mensajera que tengo en mi gabinete

Ellos pensarán, propicios, que es un milagro del cielo, y con tan grato consuelo abandonarán sus vicios.

II

Dió principio la función, al púlpito subió el cura y comenzó con dulzura el esperado sermón;

mas fué subiendo de tono según en materia entraba, y á la gente apostrofaba con severidad y encono.

Habló de púdicos nombres del vicio y de los placeres,

de lo que son las mujeres y de lo que son los hombres.

Aseguró que al infierno el pueblo entero caería y que implacable vendría el castigo del Eterno, si en aquel mismo momento no se postraban de hincos y brotaba de sus ojos llanto de arrepentimiento.

Y al ver que el pueblo obediente sus palabras escuchaba y de hincos se postraba en invocación ferviente, gritó con voz destemplada: «Venga el Espíritu Santo á infundir al pueblo espanto con su presencia sagrada!»

Cuando en aquel tiempo mismo, echando á perder la trama, sacó la cabeza el ama presa de loco extravío, por el boquete sabido que hay del templo á la escalera, y con faz triste y severa y con aire compungido dijo fuerte y sin recato: —Padre, ya no puede ser...

—Se lo acaba de comer en este momento el gato!

LUIS CORNELLA

En la iglesia parroquial del Puerto de Santa María han sido robados efectos del culto, entre ellos ternos, casullas y capas.

Le echaron mano al sacristán José González y á una mujer llamada Matía Letrán y cofesaron que los habían vendido en Sevilla.

Si siempre se hiciera lo mismo en estos casos, buscar entre los de casa los ladrones, no quedarían impunes muchos de los robos verificados en las iglesias.

Quien está cerca de la cabra es quien mama.

## Todos en su papel

Leo que en un pueblo de la provincia de Granada, una vecina llamada Antonia García Muñoz llevó á la iglesia una imagen de la Virgen que había encontrado no sé cómo ni dónde. Corrió la noticia, los vecinos invadieron la casa de Dios y se pusieron á discutir á gritos en qué sitio había de ser colocada.

Corrió la voz por los pueblos inmediatos y acudieron presurosos sus habitantes á pedirle á la imagen, á quien ya se le habían atribuido muchos milagros, que concediese á cada cual lo necesitaba ó le convenía.

El párroco, no pudiendo contener con exhortaciones las irreverencias y salvajadas de la fe, requirió el concurso de la Guardia civil, á la vez que un capellán granadino mandaba apagar las velas y retirar del altar aquello que, según dijo, ni era imagen de la Virgen, ni hacía milagros.

Enterarse el pueblo de lo dispuesto por el capellán y lanzarse á la calle



con la intención de lincharle, fueron cosas simultáneas.

El alcalde, con el alguacil, y los guardias civiles, acudieron en su auxilio, y lo protegieron hasta que logró escapar á una de caballo en el ferrocarril.

Todos los que han intervenido en este suceso han estado dentro de su papel.

La católica del hallazgo, al pensar que por aquel medio tal vez pudiera agenciarse unas pesetillas.

El párroco, al oponerse á que se colocase en el altar á un muñeco que pudiera hacer competencia á las imágenes verdaderas que él explota.

El capellán granadino, al indignarse de que una embaucadora pretendiera competir con los de su oficio en la confección de milagros.

Y aquellos salvajes, al acudir como moscas á la miel á pedir lo que á cada uno le hacía falta, y al querer luego linchar á uno de los que les enseñaron á creer en cosas sobrenaturales.

Por esto no censuro á ninguno, y me congratulo de que la enseñanza religiosa prosiga su civilizadora misión de convertir á los españoles en bestias.

En una sacristía.

—Señor cura—dice una devota.—¿Cuánto me costaría que le leyese los Evangelios á este niño que tiene los ojitos malos?

—La costumbre es dos pesetas.

—¿No podría ser una?

—Señora, entonces perderíamos dinero.

## Zimo periodístico

La Editorial Católica Toledana ha distribuido profusamente una Hojita titulada *La Buena Prensa* diciendo pestes de la Mala (la liberal) y en la que figuran párrafos como este.

«La mala Prensa pervierte al pueblo, le engaña, le subleva y le incita al crimen de una parte, y de otra le explota inicua y cruelmente para comer á su costa.»

Tiene razón el cura que haya escrito la Hojita. La Mala Prensa debería imitar al desinteresado clero, que administra gratis todos sus servicios.

Y como este otro:

«El hombre obra como siente, y siente como piensa; lo que oye, lo que ve, eso es lo que le impulsa á obrar.»

Es verdad. Durante siglos no ha oído el español otra voz que la de la Iglesia, y así está él de virtuoso, ilustrado y tolerante.

Y como este otro:

«La Buena Prensa, entendedlo bien, es la única que puede atajar el mal y curarlo.»

¿La única? Esa afirmación poco meditada puede dar lugar á que algún impío suponga que los curas y los frailes no sirven para contener las pasio-

nes del hombre hecho á imagen y semejanza de Dios, y pedir, por consiguiente, que á los primeros les barran el pesebre, y echen de España á los segundos.

Y como este otro, con que termina la Hojita:

«La Buena Prensa te pide unas pesetas para librarte á ti, á tu mujer y á tus hijos de insultos, de los atropellos, del robo y del incendio de tus riquezas, de la deshonra y de la muerte, de la ruina de tu Patria y religión.»

No pueden ofrecerse más gangas por unas miserables pesetas, alcanzando hoy todos los servicios precios tan altos.

Soltadlas sin demora, católicos fervientes, ya que la Buena Prensa, apesar de que el Papa la bendice y los obispos la recomiendan, no puede vivir sin apelar al timo más parecido al del cartucho de perdigones.

Decía un obispo á un cura á quien acababa de confiar un curato rural:

—El párroco de una aldea pequeña debe tener, además de los deberes de su ministerio, otros conocimientos profanos para prestar sus servicios á los feligreses. Debe tener, por ejemplo, algunas nociones de medicina, por si no hay médico en el pueblo, auxiliar á los enfermos en los primeros momentos, saber algo de agricultura, veterinaria, etc. ¿Sabe usted cuántos clavos se necesitan para herrar á un caballo?

—No, señor—le respondió el cura.

—¿Qué torpeza más supina! Me verá en la precisión de anular su nombramiento.

—Si es por eso—dijo el páter,—no la haga su ilustrísima. Me pasaré por casa de su zapatero y aprenderé lo que su ilustrísima juzga tan necesario para desempeñar un curato.

## Quisicosas clericales

### VERÁ USTED...

Murió de viruelas Pablo Zaragata y Ventolera, un insignie calavera de la misma piel del diablo.

Gran sablista, jugador, pendenciero, matachín y mujeriego, y en fin, un purito muy superior.

Fué su vida una novela de hazañas y de aventuras llena de mil travesuras y todas de baja escuela.

A poco de fallecer tal aroma despedía, que aguantarse no podía sin apretar á correr.

¡Y ved lo que son las cosas!, por más que le pre al diablo en la familia de Pablo hay dos ó tres religiosos, dos frailes, un capellán, una madre muy beata, muy simple, muy timorosa, y un padre muy... sacristán.

Tiene además, unas tías, ó primas ó no sé qué, que pertenecen no sé si á cinco ó seis cuñadas.

¿Habrá quien niegue en verdad, y que no tenga por cierto que el pobre Pablo no ha muerto en olor de santidad?

CASIMIRO FORASTET

Un escultor afamado pero de genio travieso, hizo un San Antón de yeso y puso un cerdo á su lado. Y debajo en un renglón explicó prudente y cuerdo cuál de los dos era el cerdo y cuál de ellos San Antón.

—Hoy el canónigo Hermida á mejor vida ha pasado. ¡Por Dios! ¿otra mejor vida ese señor ha logrado?

Estando en una contienda preguntó á un cura Felisa: ¿Y usted que dice?—Y el cura respondió al momento:—¡Misal!

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Cumbres Mayores.—Pablo González. Abonada su suscripción á fin Mayo 1922. Sejalvo.—Manuel Fontañá. Id. á fin Diciembre 1921.

Laguna de Cameros.—Amadeo Gisbert. Id. á fin Junio 1922.

Barcelona.—Vicente Marsá. Id. á fin Diciembre 1921.

Calig.—Vicente Borrás. Id. á fin Diciembre 1921.

Longares.—Arturo Gutiérrez. Id. á fin Diciembre 1921.

Faura-Los Valles.—Eugenio Pérez Id. á fin Diciembre 1921.

Aracena.—Teodoro Refino. Id. á fin Diciembre 1921.

Palma del Río.—Miguel Carrasco. Id. á fin Junio 1922.

Lugo.—Pablo Marrondo. Id. á fin Septiembre 1921.

Valladolid.—Francisco Martínez. Id. á fin Diciembre 1921.

Barcelona.—Sres. Marcos y Olivé. Idem á fin Diciembre 1921.

Málaga.—Miguel Torres. Recibido su Giro de 750 á cuenta.

Montijo.—Francisco Zambrano. Id. de 2,70 á cuenta.

Coruña.—S. Alvarez. Id. de 37,35. Conforme.

Cervera de Río Alhama.—José Estornell Id. de 10 á cuenta.

Almazán.—E. Gonzalo. Id. de 6.

Benaguacil.—Manuel Gabo. Id. de 8 á cuenta.

Carmona.—Manuel Alvarez. Id. de 16 á cuenta.

Salobreña.—Francisco Pareja. Id. de 3,60. Conforme.

Santander. Eduardo Garea. Id. de 7,20. Conforme.

Peñaflores.—Tomás Castaño. Id. de 26 se mandan los libros.

Mataró. José Riera. Id. de 13 á cuenta.

Peñaflores.—Tomás Castaño. Id. de 19. Gracias.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.